

Sin embargo sé que lo mismo que ella nos siguió a cada uno de los que marchábamos entonces, también hoy sigue dentro de cada niño, de cada joven, de cada persona mayor que de una forma u otra llevan a Maranchón dentro, y os aseguro, ahora con infinita certeza, que Ella es la que nunca falla, la que os protege y la que os espera a todos en ese día en que, por distintas causas, el corazón tiene una fuerte necesidad de su protección.

Doña Cruz, pide al Señor por nosotros.

Lo hago cada día, pido por cada hijo de Maranchón, por todos los que quieren al pueblo,

estén donde estén, y por todos los que leéis esta revista de una forma muy cordial.

Tengo que despedirme. ¿Quieres decir algo personal a los que va a llegar este mensaje?

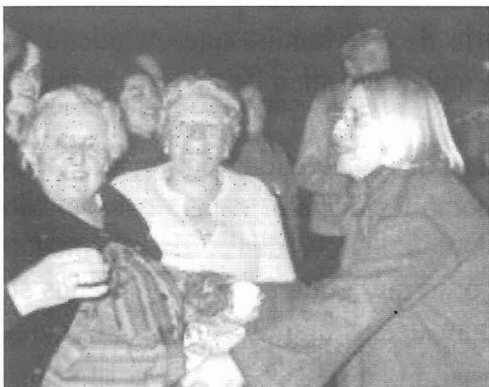
Que los quiero, que soy muy feliz y que me siento cerca de todos, de una manera especial a mis hijos y mi familia...que viváis con mucha alegría, que Dios nunca falla y que seáis realmente felices.

Gracias por todo Doña Cruz, estaba segura que te alegraría recibirme.

Julia Merodio



A nuestra querida maestra



Querida Doña Cruz:

Llegó a mi vida como un viento fresco que me hizo ver la escuela como algo bonito después de una experiencia traumática con una profesora que lo único que sabía era utilizar la violencia como método de enseñanza.

Ya no me importaba que hiciera frío o que mi padre tuviera que hacer una senda entre la nieve para acudir a la escuela, allí me esperaba una maestra que nos quería y respetaba.

Cuando cierro mis ojos la escucho decir: "¡Niñas, sacar vuestras pizarras!", aquellos cuadraditos negros con el trapo colgado que nunca se acababa y que nos hacía ir teñidos de blanco por las tizas.

Y esos chopos del Recuévano, que cada vez que los veo me recuerdan a ella. Fue un día casi al terminar el invierno cuando plantamos los árboles. Nos decía: "Recordar que esto lo habéis hecho vosotras y que son vuestros". Ha sido maravilloso seguir su crecimiento y verlos tan frondosos (algunos ya se han cortado).

El día que me enteré de su fallecimiento, además de la pena que me causó, me vinieron a la mente tantos recuerdos de mi niñez y adolescencia, y en todos ellos siempre estaba mi maestra, tan importante en mi paso por este mundo. La recordaré como una mujer entrañable que, además de educadora, era un poco nuestra madre, siempre dispuesta a ayudar y escuchar; a su lado te sentías protegida. Nunca hizo ninguna distinción entre nosotras, todas teníamos el mismo valor; jamás la escuché decir que alguien no valía para estudiar, siempre estaba animando con cariño.

Ahora, desde el paso de los años, la veo como una luchadora de su época, dado que las mujeres teníamos que ser sobre todo madres, esposas y amas de casa, cosa que cumplió con creces, pero ella también quiso ser maestra, ¡y buena! yo doy fe de ello; parte de mis valores personales y académicos se los debo.

Cuántos buenos momentos y cuántas amigas de aquellos años, amigas que todavía conservo (esto no lo digo con nostalgia, sino con cariño). ¿En cuántas ocasiones la he puesto como ejemplo? Doña Cruz, ese nombre cariñoso que a pesar de los años ninguna de sus alumnas le quitamos.

Yo nunca he perdido el contacto con mi maestra. Cada vez que le contaba algo de mi vida en sus ojos y en la forma de expresarse se veía una felicidad, como si algo le perteneciese, como si en su corazón siguiera siendo una de sus niñas.

Gracias por todo el cariño que nos ha dado; perdón por esos malos ratos que le hicimos pasar y por no dar el rendimiento académico que a usted le hubiera gustado.

El año pasado, el día de su cumpleaños, la felicitamos con esas jotas de nuestro pueblo que a todos nos saben a gloria. Aquel día le estábamos diciendo adiós con nuestras canciones. Estoy segura que pasó un rato hermoso.

Desde estas páginas quiero decirle que fue una buena maestra y una estupenda mujer.

Estoy segura que todas sus alumnas firman este recuerdo. Ella siempre estará viva en nosotras porque nunca muere lo que no se olvida.

Sus alumnas.

Lola Valero